Héctor Villanueva

Cuando se vayan las garzas

Un día se alejarán las garzas.
Callará el parloteo
de alas en la fiesta
lluviosas de las lagunas
primaverales. Garzas blancas,
morenas y rosadas en los círculos
de la felicidad que envuelve
estas gramíneas llanuras
donde cabecea el Salado
entre marismas de cráneos y pescados.
Las garzas
huyen de las máquinas que arrastran
el infierno y sellan la palabra
del hombre nuevo. Su fuga
deja un desplumado fulgor
en el hueco del cielo.
Abre, hija mía,
el rumor de las ventanas.
Aún nos queda un minuto
para mirar las garzas.

Ante un río

Ajena, la tarde esplende,
declina su fiebre y ora
sobre estas aguas
que ovillan su paso azul. Todo
transcurrir me asedia: el vértigo
de las nubes descampadas, la vida
naúfraga de mañana y ayer.
¿Por qué el testimonio
más hondo del corazón es el que huye?
¿Qué cometí
para tener mis manos castigadas
a este mundo fugaz y corruptible?

Cada límite es mi límite.
Lo conseguido o no alcanzado me hablan
en el anónimo fluir de estas corrientes.
Ahora miro las garzas hacia el sur,
la tierra perdonada.

De la belleza

Esta belleza inaprensible y vaga
que busca el corazón para alimento
del alma de rodillas, la presiento
sobre mi soledad como una llaga;
porque su aroma de oro, aunque propaga
el fervor de los astros por el viento,
ciega la torre de mi pensamiento
como una llama que la noche apaga.

Ella invade la dulce criatura
de la contemplación, que alucinada,
celebra en gracia su presencia pura.

Mas la llamo y se va; la busco y huye
dentro de mi dolor, donde, callada,
la eternidad hacia el olvido fluye.